

La HISTORIA DE CONCEPCION abarca un ámbito vastísimo, pues más que una mera historia regional, constituye el relato científicamente realizado del acontecer durante tres siglos, en toda la mitad sur de Chile, y durante siglo y medio, en el ámbito propiamente metropolitano.

Sin embargo, este libro cuya primera parte narra el complejo mundo de la influencia nacional de Concepción en sus primeros 300 años, y cuya segunda parte se circunscribe más a la región penquista en la era de Chile independiente, va deslindando en todo momento la historia regional de la nacional, logrando así un cuadro clarísimo de una y otra, conforme a la finalidad específica con que fue concebida la obra.

Fernando Campos Harriet nos entrega de esta manera el esperado libro, escrito con dedicación filial, en amor y en honor de Concepción y su mundo. Sus páginas compendian con erudita precisión y galano lenguaje la amplísima trayectoria vital del mundo pencopolitano, complementándose el relato con la más valiosa iconografía sobre Concepción hasta hora publicada. En sus capítulos encontramos la gran visión de conjunto y el material riquísimo que faltaba conocer para poder pensar y comprender la metrópoli y su territorio que abarcará un día desde el río Maule "hasta la punta de San Martín en el mar que cae bajo el polo", como escribiera Vicente Carvallo Goyeneche".

<https://doi.org/10.29393/At438-40CNPO10040>

Dos libros: "CONCEPTO DE LA NATURALEZA" y "FISIOGNOMICA".

Editorial Universitaria.

Es posible que resulte de interés apuntar un par de notas respecto de dos publicaciones de ese notable esfuerzo editorial que es la colección "Fascículos para la comprensión de la Ciencia, las Humanidades y la Tecnología"; me refiero a "Concepto de la Naturaleza. Del mito a la antimateria", de Juan Grawen S., y a "Fisiognómica. La ciencia del signo y del símbolo", de Ricardo Astaburuaga.

Ambas obras presentan, de un modo sucinto y apoyadas en una buena selección de textos, algunos de los principales hitos en el viejo intento humano de desentrañar la verdad —lo estable, por así expresarlo— del hombre y su contorno natural: la búsqueda de ese "algo más" que se intuye tras la presencia de las cosas, tras la presencia del hombre, detrás —incluso— de nuestro mismo autorrepresentarnos.

La Fisiognómica se nos aparece, en un primer momento, como "el estudio de aquellos signos corporales permanentes que indican condiciones permanentes del alma, como también el estudio de los signos transitorios del cuerpo que indican condiciones transitorias del alma"; puede decirse que este sentido primero se prolonga hasta la obra de caracterólogos como Kretschmer y Klages. No se trata, sin embargo, de la mera obser-

vación de lo exterior: en la "Physiognomica" —escrito atribuido a Aristóteles— se hace hincapié en lo que "necesariamente ha de ser", aun cuando no se manifieste directamente: "si se concluye que tanto el irascible como el apagado y pequeño moralmente, deban ser envidiosos, aunque no haya signos de envidia, podría el fisiógnomo, a partir de lo anterior, descubrir también al envidioso..."

Posteriormente —indica Astaburuaga— el campo de la Fisiognómica se amplía, siempre dentro de la línea del pensamiento griego: considerada la relación alma-cuerpo como una unidad, se aprecia su vinculación con el mundo exterior, en tanto lo interpreta. Ya no es sólo, entonces, el alma que aparece tras el cuerpo; es la realidad "plena de signos" —al decir de Plotino— la que aparece tras el individuo. La unidad del individuo será la base de interpretación de la totalidad universal.

En este punto, nos parece, resulta posible unir en un mismo comentario las obras que ahora nos ocupan: es el hombre quien, en definitiva, interpreta a partir de sí a la Naturaleza, elaborando un concepto de ella.

Si bien este afán se expresa como una tendencia eminentemente práctica a partir de Bacon —conocer la Naturaleza es dominarla—, creemos que no debe olvidarse que ya antes el logro de tal deseo era también pretendido; así la alquimia, por ejemplo —que arranca, en cierto sentido, desde concepciones religiosas prehistóricas—, busca también dilucidar el enigma de la conjunción de los metales, a fin de dominar tal proceso de creación.

Cabe anotar, asimismo, que en sus respectivas exposiciones, ambos autores sitúan a Leonardo como el individuo que marca el momento en el cual el proceso de aprehensión de la Naturaleza sufre un cambio definitivo, a través de la nueva perspectiva que asume la experimentación. Habría que añadir, tal vez, que si bien resulta lícito mencionar la obra de Leonardo —el más genial investigador después de Aristóteles— en un recuento histórico, debe señalarse también que no ejerció grande ni concreta influencia en el pensamiento posterior.

Sin duda, el Renacimiento es el período en el cual la búsqueda de conceptos más claros y precisos sobre lo que es la trama íntima de la Naturaleza comienza a desligarse paulatinamente del pesado ropaje de simbolismos que poco tenían que ver con la investigación misma, así como a independizarse del peso de lo establecido por la tradición. Este nuevo modo de investigar se afianzará en la Época Moderna, en la cual —obra del hombre al fin y al cabo— se revestirá de nuevos prejuicios.

El proceso se nos manifiesta como tarea difícil, pero el impulso humano por lograr captar la raíz última de la totalidad de lo creado no cede; en el Renacimiento, se comienza a interpretar la Naturaleza a través de elementos estables: por intermedio del universo de los números, se busca abrazar el universo de lo real. Kepler —nos lo cita Grawen— nos dice: "La lectura de las Obras de Dios tiene por objeto el conocimiento de las relaciones que existen entre las cantidades y las formas geométricas". El avance no está exento de tropiezos; Galileo: "¿Por qué debemos partir, en nuestra investigación, de las palabras y no de las Obras de Dios para llegar a la comprensión de las diversas partes

del mundo?". Newton presenta luego Reglas metódicas para investigar la Naturaleza.

Después —abramos un paréntesis—, un desajuste: la Razón, lanzada a la aventura de la investigación, busca sólo aquellos campos en los que ella misma se encuentra; lo demás, resulta despreciable. He aquí que la razón humana juega una mala pasada a su dueño; con el Racionalismo, sólo aquellos ámbitos en los cuales es dable encontrar elementos básicos que permitan una comprensión clara y distinta de los mismos, serán dignos de estudio; campo como los de la historia son meramente caóticos. Voces aisladas —como la de Vico, apreciado luego por Goethe y los historiólogos alemanes— intentarán presentar nuevas vías.

Será Herder —volvemos a Astaburuaga— el que reafirme las bases para una comprensión más amplia del hombre: la Historia, realidad humana, puede también pretender constituirse como ciencia; puede llegar a través del análisis de los hechos, a los factores que determinan el modo de ser de los pueblos. Spengler hará, más tarde, ciertas precisiones: "En toda ciencia, tanto por su finalidad como por su material, el hombre se narra a sí mismo. La experiencia científica es un reconocimiento espiritual de sí mismo". Y presenta esta nueva perspectiva: "Lo único que ahora nos importa [está hablando de la labor del matemático] es el matemático como hombre, cuya actividad constituye una parte de su existencia, cuya ciencia y cuyas opiniones son otros tantos gestos expresivos, por tanto, como órgano de una cultura. Por medio de él, ésta nos habla de sí misma; y él como persona, como espíritu, por sus descubrimientos, por sus conocimientos, por sus creaciones, es un rasgo fisiognómico de esa cultura".

Creemos que esto último es una acotación importante. Ello nos lleva a pensar que no debemos olvidar que en todo este juego de progreso es el hombre quien crea las reglas de su propio actuar; todo concepto de naturaleza no es sino una imagen de la misma, creada por el hombre; todo concepto de hombre es imagen que autoelabora. Hay que considerar que son pocas las cosas que el hombre tiene definitivamente claras; quizás lo elemental: algunos principios lógicos —y, en otro plano, los límites que la realidad impone—; lo demás —terrible posibilidad— pudiera ser sólo aproximación. Así, podemos decir con Hertz —citado por Grawen—: "Nosotros nos formamos una imagen, o mejor dicho, un modelo de los objetos que deseamos estudiar. Estos modelos deben darnos, a su vez, una imagen o conocimiento de los fenómenos que los objetos del modelo producen gracias a su propia naturaleza [...] De hecho no sabemos si los objetos son en realidad tal como nos los imaginamos y no poseemos tampoco medio alguno para averiguarlo". Puede elegirse —de acuerdo a criterios lógicos y de correspondencia —un modelo entre varios para ser aplicado a algo, pero ello no significa, necesariamente, que a través de ese modelo —de esa imagen— lleguemos a la raíz última de ese algo.

Largo itinerario el que esbozan los autores tratados. Quizás una conclusión simple —esperamos no simplista—: la realidad "está allí"; para llegar a ella, el hombre inventa el modo, y, al hacerlo, se inventa, creando su mundo cultural.

Lo último: se podrá decir que resulta abusivo mezclar en un comentario dos obras distintas. Concédase que son licencias que puede tomarse el lector.

Dr. PATRICIO OYANEDER JARA

“EL CAUDILLO DE COPIAPO”

Mario Bahamonde. Editorial Nascimento.

La editorial Nascimento publica esta excelente novela, merecidamente premiada por la Municipalidad de Santiago. Lo primero que se puede decir es: ¡qué bien escribe Bahamonde! Las frases son una suerte de sentencias, rotundas, decisivas, inapelables. Se narra la verdad sin ninguna duda. Pero este lenguaje aseverativo no es solemne, pesado y grave, como el relato de lo verdadero pareciera aconsejarlo, sino gracioso, anti-convencional, sorprendente e inesperado. Así, por ejemplo: “La tierra copiapina es buena, que lo digan estos árboles que crecieron como Dios manda, aunque en Copiapó siempre Dios mandó muy poco porque todos nacieron ateos, radicales y masones”. O bien: “Hasta que un día decidió morirse, porque los antiguos copiapinos, los valientes, los verdaderos constituyentes, se morían cuando les daba la gana”.

Percibimos la gracia, el carácter rotundamente chileno del lenguaje (“les daba la gana”) que se constituye como uno de los más valiosos elementos de este relato novelesco.

En conexión con esta referencia al género, el relato de Bahamonde se inscribe en la llamada novela histórica. Desde el título mismo se produce esta inscripción. Escribe Barros Arana: “Joven, rico, generoso, ilustrado, noble, valiente, Gallo poseía todas las cualidades necesarias para dar un inmenso prestigio a la causa que él abrazaba. El pueblo se plegó a él, lo llamó su *caudillo* y se manifestó dispuesto a sacrificarse a su lado”¹.

El Caudillo de Copiapó alude derechamente, de este modo, a don Pedro León Gallo y a los sucesos históricos en que este “novelesco personaje” (Encina) se vio envuelto y protagonizó. Como toda novela histórica, la obra de Bahamonde se desarrolla en dos planos: una narración de sucesos públicos que efectivamente acaecieron y un relato de una vida

¹ Es curiosísima la relación, el diálogo textual que se produce con estos enunciados del discurso histórico y ciertas frases de la novela de Bahamonde. Dicho de otro modo, esta caracterización de don Pedro León Gallo que hace Barros Arana es seguida, casi al pie de la letra, por Bahamonde. Copiamos: “Carabantes lo miraba con respeto (a Gallo). Habil, valiente, generoso, ilustrado, joven, rico, gravitaba sobre su prestigio una fascinante atracción” (pág. 50).

Sin duda está presente aquí la fidelidad histórica que Bahamonde le da a su novela.